

EXILIO Y EMIGRACIÓN

DE LA EXPERIENCIA DEL EMIGRANTE AL COMPROMISO DEL EXILIADO: AMADO ALONSO Y RAMÓN DE BELAUSTEGUIGOITIA

JOSÉ ÁNGEL ASCUNCE

Universidad de Deusto (San Sebastián)

Las categorías definitorias del fenómeno exiliar¹ son las siguientes:

- 1º. Expulsión-distanciamiento forzoso de la casa-tierra del padre.
- 2º. Ruptura del medio humano, cultural y social, etc.
- 3º. Desarraigo y alienación.
- 4º. Creación de una segunda patria.
 objetiva-política.
 emocional-estética.
- 5º. Compromiso ideológico con las causas que ocasionaron la expulsión.

Estos principios que categorizan el fenómeno exiliar sirven como punto de partida y elementos de referencia para poder relacionar y diferenciar el hecho del exilio con la realidad de la emigración. Analizando y comprobando diferencias y analogías es posible presentar sus respectivas señas de identidad y llegar a proponer las claves que definen la evolución “de la experiencia del emigrante al compromiso del exiliado” para terminar con el estudio de dos casos particulares

¹ Aunque en conferencias presenté esta teoría hace ya bastantes años, la publiqué por primera vez en mi trabajo “Los exilios del exilio vasco” en *España en la encrucijada de 1939. Exilio, cultura e identidades* (Edic. Mónica Jato y otros). Bilbao: Universidad de Deusto, 2007, p. 222. El cuadro que ofrezco en este estudio presenta ciertas variantes con relación al original, fruto de análisis posteriores sobre el tema exílico.

que sirven de ejemplificación de las teorías propuestas: Amado Alonso y Ramón de Belausteguigoitia.

1. Exilio y emigración como categorías culturales y sociológicas

Cuando se analizan y comparan los conceptos de exilio y emigración, parece no existir ni dudas ni polémicas. Se habla y se discute con una seguridad plena, dando por supuesto las referencias significativas de ambas expresiones. Da la impresión de que cada término ofrece un campo semántico perfectamente delimitado y diferente al otro. Sin embargo, merece la pena profundizar en el sentido de cada uno de estos vocablos para poder precisar los significados propios con sus respectivas analogías y oposiciones. Es una tarea obligada que se impone a la hora de teorizar sobre los conceptos que nos ocupan.

Exilio, aunque sea un término muy poco usado en español hasta 1936-39, tiene su origen etimológico en el verbo latino “*exsilire-exilium*”, cuyo significado base es “saltar fuera”. De aquí que en español el término exilio haya pasado a significar la separación obligada de la tierra de origen o del país en que uno vive. Como reza el diccionario, se entiende como exilio “la separación de una persona de la tierra en que vive fundamentalmente por razones políticas”. Por lo tanto, esta fractura tiene básicamente una razón de fuerza de tipo político-ideológico que obliga o impone al exiliado la ruptura trágica e irrevocable con su geografía vital y con su historia personal y social. El exilio es una razón de huida a causa de una fuerza exterior de carácter político. Emigración-emigrar viene etimológicamente del verbo latino “*e-migrare*” que significa “cambiar de estancia o residencia”. Este cambio de lugar se debe preferentemente a una decisión más o menos voluntaria de búsqueda de mejores condiciones de vida. La realidad histórica nos revela que la causa principal y permanente de este cambio de hogar es de tipo económico, aunque no se pueda negar la existencia de otras causas que determinan estas variantes de residencia. En el fenómeno de la emigración, el hecho básico es la necesidad de búsqueda de solución a unas necesidades de tipo material. “El factor clave para determinar la diferencia entre exilio y emigración es la voluntad” (Ugarte 2008: 759). Por estas razones, aunque en ambos casos se verifica una indiscutible razón de desarraigo, ruptura-separación-distanciamiento con relación a la “casa del padre”, la naturaleza de esta separación es diferente ya que al imperativo de la expulsión-huida, fenómeno del exilio, se opone el hecho de la voluntariedad-búsqueda en el caso de la emigración.

La imposición o la voluntariedad, dialéctica de huida-búsqueda, frente al hecho del abandono de la tierra patria es determinante para remarcar las

diferencias entre emigración y exilio. El emigrante puede sentirse obligado a optar por el abandono de su país por razones extremas de tipo material y económico. Lo mismo se puede decir de la emigración ocasionada por catástrofes naturales o humanas. En todos los casos, su marcha es forzada, casi obligada. Sin embargo, en la decisión del emigrante siempre existe un grado mayor o menor de voluntariedad. Esto explica, como afirma Michael Ugarte, que el factor determinante del emigrante frente al exiliado sea el de la voluntariedad independientemente de razones externas de poder-imposición. En el caso del exiliado, aunque su respuesta personal sea consciente y responsable, nunca es voluntaria por la ausencia de opción o posibilidades de elección. Su marcha es una exigencia insoslayable para evitar problemas extremos.

En el caso del exilio, imperativo de expulsión, el abandono de la tierra o de la patria original es una exigencia de huida. El exiliado es siempre un derrotado o perdedor en una situación límite de enfrentamiento que le obliga, para evitar males mayores, a una expatriación inevitable. El exilio como destino es la materialización de un fracaso y la tierra de acogida es lugar de desarraigo y de dolor. La razón que designa la idea de la emigración es la “salida” con el sentido base, como reza el diccionario de la lengua española, de abandono de una tierra-patria que no le es propicia o, si se quiere, que le es destructora. El emigrante abandona su tierra patria con el deseo y la confianza de alcanzar una solución a sus problemas materiales de vida, al mismo tiempo que se aleja de una situación económica o física fuertemente desfavorable. Por eso, el país de destino para el emigrante es siempre una tierra de esperanza y de futuro. Es siempre, por lo menos en teoría, tierra de promisión.

El exiliado, como se ha planteado, es un perdedor, siendo el exilio la expresión manifiesta de la derrota. La huida física simboliza el fracaso político-ideológico frente al poder establecido que determina su expulsión. Sin embargo, a pesar del fracaso material, el exiliado revela en su ser y en su conducta el orgullo de su lucha y la verdad de sus ideas. El exiliado es un ser abatido con dignidad y con orgullo, porque se siente en toda circunstancia arropado por la razón y la verdad. El emigrante, otro derrotado de la realidad social, concreta en el abandono de la tierra patria la razón de su fracaso. Vive en todo momento el estigma de su estado carencial y su única razón es el éxito material en la tierra de acogida. El exiliado vive la razón de la nostalgia: su derrota política; el emigrante rompe con el hecho de su fracaso: carencia material. Como afirma Michael Ugarte: “los exiliados tienen la ventaja de traer con ellos su propia historia, mientras parece que la historia del inmigrante comienza con la llegada al país nuevo” (2008: 762).

La historia personal del emigrante en la tierra de recibo es una lucha titánica por el bienestar material. El emigrante pretende la acumulación de riquezas para en el retorno no sólo superar las carencias de origen sino demostrar un éxito económico que le era negado en su tierra de origen. Se erige, de esta manera, el mito del indiano, cuyo símbolo, en el retorno, es el recuerdo vivo de la tierra de promisión: la palmera². La historia personal del exiliado, sin marginar la necesidad, incluso prioridad, de supervivencia, es una permanencia en el compromiso con las ideas que motivaron su expulsión o huida. El exiliado siente la necesidad de hacer patria en la distancia de los países de acogida. Las señas de identidad del exiliado son el orgullo de su compromiso y la razón de su coherencia ideológica. Los símbolos de su existencia en la tierra de recibo son recuerdos de su fracaso político³. Las razones básicas de la experiencia personal marcan la naturaleza de los símbolos o expresiones de cada una de estas prácticas.

La vida del emigrante se organiza en una lucha y una entrega permanentes por el éxito material. El único emigrante triunfador es el que consigue volver a la tierra de origen o permanecer en el país de recibo con un capital económico suficiente o superior al necesario para poder vivir sin problemas materiales. El éxito del emigrante se basa en la abundancia económica. La vida del exiliado está marcada por el compromiso ideológico y por la entrega a la causa que motivó su expulsión. Puede vivir con mayor o menor abundancia material, pero en su vida la razón económica se halla subordinada al compromiso ideológico-político. Para el exiliado no hay otra victoria que el éxito de su causa como consecuencia de su entrega.

La superación del problema del emigrante se halla siempre en la tierra de destino. La suficiencia económica a través del trabajo sólo la puede lograr en el país de recibo. La solución de la situación del exiliado, si esta se puede dar, se encuentra teóricamente en la tierra de origen, cuando las causas que motivaron su expulsión desaparecen. Desde el punto de vista del vencimiento del problema del abandono

² Es curioso este hecho. Los indianos vascos que conseguían como emigrantes amasar un buen capital, a su vuelta construían la nueva casa y en la entrada plantaban una palmera que simbolizaba la tierra de su redención económica. La casa y la palmera connotaban el triunfo material del emigrante.

³ Es rarísimo no encontrar en las casas de los exiliados símbolos de su tierra, pero más expresamente motivos que recuerdan y rememoran la ideología que motivó su expatriación: fotos representativas de la realidad política y de los personajes más señalados de su causa. Por ejemplo, no conocimos una casa de exiliado vasco nacionalista que no tuviera la foto del Lehendakari Aguirre, la ikurriña o el árbol de Guernica. Eran símbolos que representaban la tierra de origen, pero, muy especialmente, la causa política de su exilio.

de la tierra patria, el emigrante y el exiliado presentan espacios opuestos de solución.

La razón de lucha y superación de la problemática base determina la naturaleza del retorno. La vuelta-reintegración a la casa del padre presenta connotaciones muy diferentes ya se trate de la emigración o del exilio. El emigrante tiene siempre las puertas abiertas. Incluso el regreso del emigrante triunfador es considerado de forma muy positiva por el poder dominante. Nunca hay enfrentamiento entre poder establecido y emigrante. Incluso, la emigración es una solución óptima para paliar los problemas laborales y económicos internos del país. La autoridad acepta y ensalza el hecho y el significado de la emigración. En el caso del exiliado, las puertas de la casa paterna permanecen cerradas, ya que mientras permanezca vigente la razón de la expulsión el exiliado representa la oposición y la transgresión. El exilio será siempre un estigma político para el poder establecido. El exiliado nunca será bien recibido en la patria de origen, mientras las causas que determinaron la situación de expatriación estén vigentes. La autoridad denuncia contra el emigrante y niega el valor de su lucha. Para el emigrante, el retorno es libre; para el exiliado, el regreso está vedado o, por lo menos, nunca será un visitante o ciudadano bienvenido.

Por otro lado, como consecuencia de la razón de voluntariedad o imposición que recae sobre el emigrante o el exiliado respectivamente, uno y otro presentan características muy diferentes de vida y de ser. Mientras el exiliado vive en el desarraigo y en la alienación, el emigrante, aunque desarraigado por el abandono de su tierra, no es en propiedad un alienado en cuanto organiza su vida cara a la resolución del problema material de base. El emigrante vive su historia, por triste y penosa que esta sea; al exiliado le obligan a vivir una historia ajena a la que le hubiera tocado vivir en situaciones normales y él mismo se siente distinto, - es un otro-, a lo que en realidad hubiera tenido que ser.

El problema del emigrante se soluciona, cuando se superan las razones del abandono de la casa paterna. El triunfo económico justifica y dignifica su condición. El desarraigo desaparece con el retorno. El problema del exiliado no tiene solución, porque, aunque pueda retornar a su tierra cuando las causas de su exilio hayan desaparecido, -solución del problema del desarraigo-, nunca podrá solventar la dramática cuestión de su alienación. El emigrante puede superar su permanencia en el desarraigo; el exiliado vive y vivirá en su estado de exilio. La emigración puede ser temporal; el exilio es intemporal.

Para favorecer una visión más coherente y totalitaria de las características diferenciales y analógicas que definen y caracterizan los hechos del exilio y de la

emigración, se ofrece el siguiente cuadro sinóptico a partir de las observaciones hechas con anterioridad:

Concepto	Exilio	Emigración
Etimología	Ex silire = saltar fuera	e-migrare= cambiar de residencia
Sentido actual	Separación obligada de la tierra de origen	“voluntariedad” del abandono de la tierra de origen
razón	Político-ideológica	Económico-material
Hecho	Expulsión-huida-desarraigo	Salida-búsqueda-desarraigo
Explicación	Materialización del fracaso	Es vía de solución a un problema material
Tierra de asilo	Castigo. Lugar de dolor	Lugar de esperanza y de futuro
Psicología	Orgullo en la derrota	Fracaso-estigma del abandono
Permanencia	Lucha por un ideal político	Lucha por el bienestar material
Ideal	Hacer patria	Acumular dinero
Triunfo	Sentido ideológico-político	Sentido económico
Lugar del triunfo	País de origen	País de recibo
Retorno	Puertas cerradas-Retorno prohibido	Retorno libre-Puertas abiertas
Ontológico	Alienación sin solución	Su ser en su historia
Temporalidad	Intemporal	Temporal

El exilio como razón histórico-social es la pérdida de la tierra-patria como consecuencia de la acción de fuerza que ejerce la autoridad dominante sobre sujetos caracterizados por su oposición y rebeldía (Ascunce: 30-31). La expulsión, en consecuencia, es la razón del fracaso-derrota en la lucha-oposición con el poder-autoridad. La vida del exiliado, como consecuencia de la derrota-expulsión, cambia de sentido y de circunstancias. Toma conciencia de su realidad y vive dramáticamente estados de angustia en el desarraigo y en la alienación. Se impone con toda su fuerza, el mito de la pérdida del paraíso, la pérdida de la tierra-casa paterna. Nace, como contrapartida, la necesidad de crear o recrear la idea o el hecho real de la patria a través de un proyecto, siempre comprometido y voluntarioso, de mantener vivos los ideales y los principios de la identidad⁴.

Como consecuencia de la expulsión, el exiliado vive y sufre el hecho de la desposesión y de la ausencia. Como a sujeto expulsado de la casa-tierra del padre se le impone un nuevo espacio vital que para él será siempre ruptura y extrañeza. Vive angustiosamente un sentimiento de extranjería al vivir en una tierra extraña con la que, inicialmente por lo menos, no se identifica. Bajo estas circunstancias, la persona experimenta la primera condición de la expulsión: el desarraigo. El

⁴ Este tema, sumamente importante en el debate sobre la naturaleza del fenómeno exílico, recibirá cumplida atención en otros trabajos de próxima aparición.

expulsado es un sujeto sin raíces, desgajado de su medio natural, es un ser desarraigado (Ascunce: 32).

La realidad del exilio como tragedia personal va más allá de los espacios marcados por la razón del desarraigo. Al exiliado se le niega la vida y la historia que en unas circunstancias normales, por derecho y por lógica, le hubiera correspondido tener en su espacio vital natural. El arrojamiento impone una existencia diferente que determina una historia personal distinta a la que le hubiera pertenecido en un estado original. Se les obliga a la fuerza y por razón de la fuerza a ser lo que nunca les hubiera gustado ser: exiliados en una tierra originariamente impropia. Éstos son conscientes de estar viviendo una existencia forzada no deseada. Con la pérdida de la tierra se les arrebató también su historia personal, esa existencia que hubieran llevado en unas condiciones de normalidad. Son sujetos sin su historia y sin su personalidad. Dejan de ser lo que debieran haber sido para ser otros distintos a lo que originariamente hubieran podido ser. El exiliado se define por la “otredad”, una “otredad” que no se relaciona sólo con la realidad externa al sujeto sino también con su realidad subjetiva y espiritual. Deja de ser uno mismo para asumir su otra identidad, personalidad impuesta, con otra historia y en un lugar diferente a los suyos propios. Hemos entrado de lleno en los espacios semánticos y emocionales, pero altamente trágicos, de la alineación. Alienarse significa perder la personalidad propia por una imposición de fuerza para asumir la naturaleza de otro ser, es hacerse otro o bien, como se decía con anterioridad, definirse en la “otredad” (Ascunce, 33). La razón de la alineación niega al sujeto, en este caso al exiliado, su verdadera identidad al perder su propia historia y su misma personalidad. El exiliado es “un otro” en relación a su genuina personalidad, a su vida natural y a su historia propia. El exiliado pierde su “auténtico yo” para convertirse en un “otro”. En esencia y en origen, el exiliado es un extraño para sí mismo. El sujeto expulsado o exiliado vive “lo otro” en “lo otro”. El exiliado es y se encuentra en la alineación.

El exilio, de esta manera, incide trágicamente sobre la persona desde una perspectiva de relación sujeto-mundo, tratamiento exterior, hecho del desarraigo, el ser ajeno al medio, y desde un punto de vista de relación sujeto-sujeto, tratamiento interior, hecho de la alienación, el ser ajeno a sí mismo. En español existe un término que abarca en su referencia semántica precisamente ambos conceptos. Este término es el de “extrañamiento”, derivado del término base “extraño”, proveniente, a su vez, de “extra”, etimológicamente “fuera” “lo que está fuera y lo que es ajeno”. En esta relación derivada de “extra”, “fuera-extraño”, aparece el término español de “extrañamiento” con el doble sentido de *foraneidad* física, “destierro a país extranjero”, y de *foraneidad* espiritual, “sentimiento de una realidad emocional que no es la propia y habitual”. El exiliado es, por tanto, un

extraño al medio y un extraño a sí mismo. El exiliado vive y se define en el “extrañamiento”.

De este sentimiento de derrota y extrañamiento, pero al mismo tiempo de convicción y certeza en la verdad y en la razón de sus ideas, emana en el exiliado una conducta responsable que le lleva a mantener viva la lucha contra la autoridad-poder que les ha negado el ser y el estar. El exiliado, en los espacios del extrañamiento, se hace y se define en el compromiso.

El emigrante, en mayor o menor grado, dependiendo de la tierra o país de destino, experimenta como el exiliado el sentimiento de desarraigo y extranjería en los nuevos países de residencia. Cuando se habla del exilio no aparece el principio económico como factor principal y determinante. En el caso de la emigración, la razón económica es fundamental; es la razón primera. Sin embargo, en cierto sentido, se puede entender el hecho económico como otro factor de fuerza que impide en la tierra de origen el libre desarrollo de la identidad personal o nacional. Desde este punto de vista, la emigración sería otro tipo de exilio, donde el emigrante se ve obligado a romper con la casa paterna, experimentando el extrañamiento y el desarraigo, viviendo en un país extraño con el recuerdo nostálgico de su tierra y de sus tradiciones⁵. Sin embargo, la realidad de la vida del emigrante nos revela el verdadero sentido de su marcha y la auténtica razón de su estancia. En la gran mayoría de los casos de emigración, al no responder ésta a causas ideológicas y políticas directas, se posee un sentimiento de ausencia, pero no de expulsión. La acción es más o menos voluntaria, siempre decidida y asumida por el propio sujeto. Se puede vivir del recuerdo, en espacios de la más plena nostalgia, pero la razón de su expatriación se hace para y por el triunfo económico sin dar importancia a la acción responsable y comprometida de la persona con la realidad socio-política de su país, de su sociedad y de su historia. Incluso, con sorprendente frecuencia, el emigrante experimenta y defiende la bondad y la validez del sistema político que ha propiciado su salida de la tierra patria.

Desde otro punto de vista, el exilio, al ser consecuencia de la derrota, es una imposición. La emigración, aunque pueda ser una experiencia dura, incluso traumática, por lo que significa de ruptura y de distanciamiento, es algo deseado y buscado, porque en la salida el emigrante puede encontrar la solución a sus carencias. El exilio es siempre castigo sin conclusión, la emigración es promesa y, puede ser, solución. La emigración puede tener un término con el retorno; el exilio nunca tiene fin. La condición de exiliado nunca se supera; la condición de

⁵ Remito al lector interesado al análisis que realiza el filósofo Cástor Narvarte sobre la analogía y diferencia entre “emigrante” y “exiliado” en el estudio arriba citado sobre “Iniciación a una filosofía”, Op. Cit. pp. 61-66.

emigrante se domina con el retorno voluntario al lugar de origen o con la integración plena en el país de acogida.

En definitiva, a la emigración, aunque comparta aspectos propios del hecho exílico, le falta un elemento básico para poder ser un auténtico exilio: el compromiso ideológico. Mientras el sujeto viva inmerso en una problemática de tipo laboral y económico sin una respuesta comprometida de tipo ideológico tiene que ser considerado como emigrante. Únicamente, éste puede poseer categoría de exiliado o alma de exiliado, cuando, a las razones anteriormente señaladas, se le añade el compromiso ideológico y la acción, aunque sea desde la lejanía, por cambiar la situación social o cultural de su país de origen. En estos casos, la razón económica de partida evoluciona a una razón ideológica de lucha y oposición. En estas circunstancias, la emigración adquiere categoría de exilio.

El exilio y la emigración presentan elementos de analogía, muy especialmente aquellos aspectos que definen el desarraigo. Sin embargo, los principios de diferenciación son también muy marcados y se centran especialmente en los espacios que delimitan la razón de la alienación. Las razones de identificación se dan preferentemente en el ámbito de la expulsión-abandono y los rasgos de distanciamiento se verifican en los espacios de la estancia y del retorno. Exilio y emigración son dos categorías culturales y sociales perfectamente delimitadas y enfrentadas.

No cabe duda que tanto el exilio como la emigración son auténticas tragedias humanas, en las que unas personas o una colectividad entera se ven obligados a abandonar lo más característico del sujeto: su medio físico y su medio humano para enfrentarse a la aventura de una nueva existencia sin seguridad en el futuro. Sin embargo, en este contexto de tragedia y deshumanización, la experiencia del exilio es más angustiosa que la de la emigración por razones de:

- Voluntariedad
- Temporalidad
- Intensidad
- Posibilidad de superación
- Compromiso

A partir de estas ideas base parece que los términos y sus espacios semánticos están claros y precisos. Sus posibles aplicaciones no ofrecen, por lo menos en teoría, demasiados problemas. Sin embargo, hay que tener presente una

realidad: el exilio y la emigración como categorías culturales y sociales son permanentes e invariables, pero la psicología y las conductas de las personas pueden ser cambiantes y contradictorias. Por eso, esta realidad de partida se complica cuando de la teoría se pasa a las realidades prácticas, a los casos personales. El estudio de las migraciones, exilio y emigración, como fenómeno cultural, ofrece situaciones complejas de definición y casos difíciles de encuadramiento. Los límites reductores de la crítica sociológica y cultural favorecen estados de indefinición y de valoraciones injustas e inapropiadas. ¿Qué sucede, por ejemplo, con personas que emigran a un país buscando mejoras económicas y, por circunstancias múltiples, asumen una beligerancia activa contra la política reinante en su país de origen, causa de conflictos internos y de exilios colectivos? ¿Son emigrantes o son exiliados? ¿Qué valoración nos merece la conducta de aquellos sujetos que tienen que abandonar su tierra y su hogar por razones políticas, pero al asentarse en una nueva patria se entregan a la búsqueda del bienestar económico, olvidando sus ideales primeros? ¿Son emigrantes o exiliados? ¿Dónde encuadran personajes tan señalados como Amado Alonso o Ramón de Belausteguigoitia, para poner un doble ejemplo perteneciente al exilio vasco republicano y al exilio vasco nacionalista, siendo emigrantes de origen: en el exilio o en la emigración? El análisis de estas disyuntivas es el objetivo de este trabajo. Para llegar a unas conclusiones un tanto definitivas se hace necesario analizar y plantear los principios definitorios que identifican y diferencian los fenómenos sociológicos y culturales del exilio y de la emigración.

Sin embargo, como en otros capítulos o trabajos, quiero partir de un mito clásico para marcar un camino de análisis y una meta de llegada. En este caso, he seleccionado el mito bíblico de Moisés, porque representa fielmente las interrogantes y las constantes tanto del fenómeno migratorio como del hecho exílico. El mito Moisés, igualmente, nos sirve con toda precisión para plantear ese espacio problemático y mal definido existente entre exilio y emigración.

2. El mito Moisés: ¿categoría exiliar o realidad de emigración?

Moisés es el ejemplo más exacto y fiel de una historia personal difícil de encuadrar en los márgenes de lo que tradicionalmente denominamos emigrante o exiliado. La tradición dice que los hebreos se trasladaron a Egipto al final de la época de los patriarcas. Nos centramos en la historia de José y de sus hermanos. La *Biblia* es clara y precisa en este contexto. La marcha a Egipto se plantea bíblicamente como un peregrinaje en busca de mejores tierras y de mejores pastos con la única finalidad de conseguir unas mejores condiciones de vida. Es la emigración frente al hambre. El pueblo hebreo abandona su tierra, Canaán, y se

establece en otra tierra diferente, desconocida y hostil, Egipto, como solución a su problema subsistencial. Responde con la emigración a una situación problemática de base económica y material. Se plantea claramente la dinámica de la emigración frente al hambre. El pueblo hebreo, cuando abandona las tierras de Canaán en busca de solución a sus problemas materiales, sufre un proceso de desarraigo y ruptura con la tierra-patria, pero encuentra en el lugar de destino la solución a sus males y carencias. Egipto es lugar de emigración, pero es tierra de beneficio y de salvación.

La historia del pueblo hebreo durante toda la época del Génesis es el relato de una permanente peregrinación. Provenientes de una civilización muy rica y desarrollada, cultura sumeria, al entrar en contacto con pueblos más primitivos no experimentó el peligro de perder su cultura o identidad original. Los viajes del pueblo hebreo, anteriores a la marcha de los hijos de Jacob, aunque realizados en situaciones límite, no significaron un riesgo serio para su personalidad cultural y religiosa. Es lo sucedido en el desplazamiento desde Ur a Siquén en tiempos de Abrahán. Sin embargo, la historia de José y de los doce hijos de Jacob, símbolo de las doce tribus de Israel, es muy diferente.

Cronológicamente, ésta coincide más o menos con el periodo de los hicsos (1700 a 1600 a. C.). En esta ocasión, el pueblo hebreo se enfrenta en Egipto a una situación muy diferente por tiempo de estancia, unos doscientos años según revelan los estudios más actuales, y por las fuerzas de absorción cultural que ejerce la sociedad egipcia frente al pueblo hebreo. En esta ocasión, los israelitas permanecen durante un largo periodo de tiempo en un país culturalmente mucho más desarrollado y económica y políticamente mucho más poderoso. El peligro de asimilación es inequívoco.

La estructura patriarcal de las tribus nómadas basada en un Dios idea no podía resistir la influencia de la religión faraónica. En Egipto, los hebreos seguían siendo pastores nómadas que buscaban buenos pastos para su ganado y circunstancias favorables en sus formas de vida. Sin embargo, a diferencia de experiencias anteriores, ahora vivían en un país gobernado por un rey-faraón que era dios, con suntuosos templos donde se alojaban fabulosos dioses con formas e imágenes sorprendentes. Los rituales religiosos eran brillantes y asombrosos. En esta nueva situación, la fe o identidad de los patriarcas estuvo muy cerca de desaparecer por un proceso de asimilación a una cultura infinitamente superior.

La tradición presenta a Moisés educado en Egipto por una alta familia aristocrática, más concretamente por la hija del faraón. Esta educación y esta forma de vida son símbolos incuestionables del proceso de asimilación experimentado no sólo por Moisés sino por todo el pueblo hebreo durante su larga

estancia en Egipto. Los nombres de Moisés y Aarón son típicamente egipcios. La circuncisión, el corte del prepucio del pene, símbolo judío por antonomasia, era en sus orígenes un ritual egipcio. Estos simples detalles demuestran el grado de asimilación del pueblo hebreo hacia la cultura egipcia. El pueblo hebreo experimenta un proceso profundo de aculturación propia ante la poderosa influencia del pueblo egipcio. Moisés es el ejemplo más inequívoco de la pérdida de la identidad original como consecuencia de la asimilación a una cultura dominante, la cultura egipcia. En estas circunstancias, el pueblo hebreo estuvo muy cerca de ser y de sentirse parte integrante del pueblo egipcio⁶.

En los casos de emigración, la falta de un compromiso cultural e ideológico de base favorece el proceso de asimilación a la cultura del país de residencia. Es el ejemplo que se expone con el caso del pueblo hebreo en relación al egipcio. Las doce tribus de Israel fueron emigrantes en su día. Los descendientes de esta generación primera dejaron de pertenecer al país de origen de sus padres para sentirse ciudadanos de pleno derecho de esas tierras de adopción que, para ellos, eran ya su tierra y su país. La patria original de sus padres o antepasados se tuvo que convertir para ellos, en el mejor de los casos, en referencia anecdótica o en simple recuerdo que podía propiciar cierto interés que oscilaba entre la nostalgia y la curiosidad. Se daba un proceso de desarraigo con el país de origen y una clara tendencia hacia la integración con la tierra de residencia.

En ocasiones, sin embargo, surge un estímulo, en ocasiones insignificante, que despierta en el sujeto o en la colectividad la conciencia perdida o dormida de la identidad original y le provoca una acción de búsqueda y recuperación de su personalidad primera. El estímulo funciona con fuerza desencadenante de una acción comprometida. En ese momento, cuando se recupera la identidad original malograda u olvidada y se lucha por ella, el sujeto entra en los parámetros del exilio. Un emigrante que sufre esta transformación emocional e ideológica puede y

⁶ La única razón que explica la no aculturación plena del pueblo hebreo hacia las formas de vida de la civilización egipcia es el rechazo de los habitantes originales hacia los grupos nómadas advenedizos. Los hicsos, pueblo dominador en Egipto, era un pueblo belicoso de vida nómada y pastoril. Representaban conductas sociales muy parecidas a las del pueblo judío. Los egipcios vieron en los hebreos la presencia del odioso pueblo invasor. Por eso, los judíos fueron sentidos por los egipcios con desprecio y animadversión. Incluso, una vez rechazados los hicsos, les obligaron a asumir formas de vida muy cercanas a la esclavitud. Esta situación de marginación, incluso de esclavitud, impidió la pérdida de identidad de los judíos a través de un proceso de asimilación hacia las formas de vida y cultura de los egipcios.

debe ser considerado un exiliado. Incluso, él mismo se tiene y se valora como exiliado⁷.

Un nativo de un país, de tercera o cuarta generación de emigrantes, aunque experimente un cambio de posición personal y busque de manera comprometida su identidad de origen, no puede ser considerado con propiedad un exiliado. No he encontrado un solo caso de renuncia a su nacionalidad por la conquista de la original de sus antepasados. En estos casos, no hay acción de fuerza. Tampoco existe un sentimiento de desarraigo y extrañamiento hacia una patria perdida. No se puede hablar con propiedad de exilio. Pero este nativo puede perfectamente ser tomado y valorado como persona de espíritu exiliar, que vive responsablemente la suerte y el destino del país y de la tierra de origen de sus antepasados. Es sorprendente el número de ejemplos que se podrían proponer de esta transformación espiritual y emocional en personas de "x" generación en los países de residencia, siendo y sintiéndose ciudadanos de pleno derecho de su país, que viven en la actualidad la problemática política y cultural de la tierra de sus antepasados.

Según el relato mítico de la Biblia, Moisés involuntariamente toma conciencia de su identidad y lo demuestra con la muerte del soldado egipcio que maltrataba a uno de sus hermanos de raza. Ha nacido el compromiso tras la toma de conciencia de su identidad. Para evitar la muerte y para conocer sus orígenes huye o se dirige a Madián. En esta tierra, Moisés entra en contacto con la vida nómada y pastoril propia de las formas tradicionales de vida de su pueblo. Allí toma conciencia plena de su identidad y retoma la fe en el dios de los patriarcas. El viejo dios familiar, innominado, es identificado por Moisés con el nombre de Jahvé. Con Moisés y los jueces se reafirma la alianza entre Yahvé y el pueblo hebreo y se inicia la conquista de la *Tierra prometida*. Moisés es el líder indiscutible de este compromiso colectivo que lleva a un pueblo entero a asumir como propia la empresa de una conquista de identidad, de nación y de Estado.

El caso de Moisés es la historia de la asimilación plena de un pueblo a la cultura del lugar con la consiguiente pérdida de su identidad nacional. Sólo el despertar de la conciencia cultural y la recuperación de la identidad nacional llevan a este pueblo, simbolizado en la persona de Moisés, a defender y a proclamar la verdad de su identidad y el hecho de su cultura. La razón histórica de esta toma de conciencia en la fe de los patriarcas y de su personalidad nacional tuvo que darse

⁷ Actualmente, si las leyes internacionales se lo permitieran, muchos descendientes de emigrantes tomarían parte activa en la política del país de sus antepasados a través del voto electoral. Muchos viven intensamente la marcha social y política de la tierra de sus padres o de sus abuelos. Hay un compromiso serio con el país de sus raíces originales.

como consecuencia del desprecio que los egipcios sentían por ellos y de la persecución y de los duros trabajos que tenían que realizar como mano de obra barata y abundante en tierras egipcias.

Una vez iniciado el proceso de liberación, tras cruzar el Mar Rojo, vagaron varios años por el desierto, luchando constantemente contra toda clase de adversidades, mientras se iba forjando su fuerte personalidad como pueblo elegido en una lucha constante contra la idolatría y las costumbres típicamente egipcias (la adoración del becerro de oro era expresión de los ritos religiosos egipcios al dios Isis). En la península del Sinaí, Moisés recibió la revelación de Jahvé como dios único para los hebreos. Moisés daba el paso trascendental del politeísmo al henoteísmo. El pueblo hebreo tenía a partir de ese momento su propio y único Dios. El “arca” se convirtió en símbolo de la alianza entre Yahvé y su pueblo y esta alianza perpetuaba la promesa de la “tierra prometida”. El pueblo hebreo, dirigido por su indiscutible líder, Moisés, toma conciencia y vive intensamente el exilio como realidad existencial y nacional.

Moisés y el pueblo hebreo viven una situación límite de exilio a partir de una realidad de emigración y, por consiguiente, de asimilación a una cultura extraña. Cuando rompen con la inercia vital y asumen responsablemente la conquista de la identidad perdida, asumen la razón del exilio como forma de existencia. El sujeto, ya sea individual o colectivo, percibe la pérdida de su patria natural, de sus orígenes y de su memoria histórica, experimentando un sentimiento de extrañamiento y desarraigo que le lleva a actuar en pro de la recuperación de las señas de identidad perdidas. Se ha entrado en los espacios del exilio. Un emigrante cuando asume una postura activa y responsable y se compromete con la situación que ha motivado la pérdida de su espacio vital, creando o recreando los espacios espirituales perdidos y recuperando su identidad de origen, sin que esto signifique renuncia o rechazo a su propio país o bien país de asentamiento, entra en los parámetros del exilio⁸.

En el mito del primer Moisés se observaba un proceso de desarraigo con el país de origen y una clara tendencia de integración con la cultura de residencia. Sin embargo, en un segundo momento, Moisés, recupera la identidad perdida y lucha por ella. La muerte de un guardián egipcio por defender a un hermano simboliza este cambio de mentalidad. El primer momento ejemplifica la historia del Moisés

⁸ Inversamente, cuando un exiliado rompe con las razones ideológicas y políticas que motivaron su expatriación y se entrega a cuestiones económicas, aunque tenga un indiscutible origen exílico, vive espacios típicos de la emigración. Este sujeto no puede ser considerado con propiedad un exiliado. La categoría del exilio está exigiendo una responsabilidad activa contra las fuerzas que motivaron su expulsión-huida.

emigrante; el segundo momento connota la crónica del Moisés exiliado. Moisés simboliza con toda precisión la evolución desde la experiencia del emigrante al compromiso del exiliado.

Los ejemplos históricos, tanto colectivos como personales, de esta transformación son muchos y variados. Son casos que pueden provenir de descendientes lejanos que un día emigraron buscando una vida en condiciones o personas cercanas al acontecer histórico del exilio, por ejemplo, de 1936. Es un tema que merece un estudio serio y en profundidad. En el caso presente me voy a limitar a dos figuras significativas del exilio vasco, uno, Amado Alonso, perteneciente al exilio republicano, y el otro, Ramón de Belausteguigoitia, al exilio nacionalista. Ambas personas, con el ejemplo de sus historias personales, testimonian este trasbordo de los espacios de la emigración a los parámetros del exilio. Y, nosotros, así también los conceptuamos, cuando hablamos y valoramos las historias personales de Amado Alonso y de Ramón de Belausteguigoitia como inequívocos ejemplos del exilio vasco.

3. Amado Alonso y Ramón de Belausteguigoitia: de la emigración al exilio

Amado Alonso (Lerín, 1896; Cambridge-Massachusset, 1952) fue uno de los filólogos y lingüísticos españoles más importantes de su tiempo. Pelotari de gran porvenir, fue ganado por las disciplinas de la lingüística y de la literatura. Discípulo de Ramón Menéndez Pidal, fue lector en la Universidad de Hamburgo (1922-24), pasando a trabajar en fonética y lingüística histórica en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. En 1927 la Universidad de Buenos Aires invitó a Ramón Menéndez Pidal a impartir unos cursos de lengua y literatura españolas. Este delegó la invitación a su distinguido alumno y ayudante Amado Alonso. Lo que inicialmente fue una simple invitación, se convirtió en una permanencia de casi veinte años (1927-1946). Durante estos años, adquirió un gran renombre y una destacada personalidad científica, llegando a convertirse en uno de los pilares fundamentales de los estudios hispánicos como profesor de la universidad bonaerense, como director del Instituto Filológico de la misma universidad y como creador y director de la *Revista de Filología Hispánica* (1939-1946). Por serias desavenencias con el régimen peronista, abandonó Argentina y se instaló en Estados Unidos, contratado por la famosa universidad de Harvard. Desde la Universidad americana fundó en 1947 la *Nueva Revista de Filología Hispánica* que desde su primer número se viene publicando en el Colegio de México. Murió en Cambridge-Massachusset en 1952. Su gran prestigio viene avalado por una importante bibliografía con títulos tan señalados como *El problema de la lengua en América* (Madrid, Espasa-Calpe, 1935); *De la pronunciación medieval a la moderna*

en español (Madrid, Editorial Gredos, 1967); *Materia y forma en poesía*, (Madrid, Editorial Gredos, 1969), etc.

Si se analiza objetivamente la vida personal de Amado Alonso se llega a la conclusión de que la marcha a tierras argentinas del investigador navarro se debió exclusivamente a razones profesionales. La universidad de Buenos Aires significó un salto cualitativo muy importante en su vida profesional. En la decisión de abandono de su tierra de origen no existen razones ideológicas ni políticas, simplemente por motivos académicos. Estas consideraciones indican que el caso Amado Alonso debe ser considerado en su origen como un típico ejemplo de emigración intelectual.

Sin embargo, residiendo en Buenos Aires y ejerciendo la docencia en la Universidad de Buenos Aires se produjo el estallido de la Guerra Civil con el exilio consiguiente. La historia de la guerra y la arribada de los primeros exiliados a tierras argentinas despertaron sus sentimientos patrios y la nostalgia por su tierra de origen. Desde un principio se comprometió de manera activa por la causa del exilio vasco: “Debemos sentir profunda y activamente el deber cristiano de salvar a los vascos, como individuos y como pueblos” (Euzko Deya, 10-V-1939). En sus escritos habla como vasco y se responsabiliza por la causa vasca. Con este espíritu y “a partir de esta preocupación... es comprensible su disposición a colaborar e incentivar proyectos y actividades encaminados a la recuperación de la cultura y de la lengua del País Vasco” (San Miguel: 1213) y a ayudar en lo posible a la integración de la comunidad vasca en tierras argentinas.

Fue persona decisiva en la constitución de la “Sección Argentina de la Liga Internacional de Amigos de Euskadi”, presidida inicialmente por Sebastián de Amorrortu, exiliado del primer nacionalismo. Propició y organizó un curso de lengua y cultura vascas en el Instituto Filológico de la Universidad de Buenos Aires, siendo el primer curso de esta naturaleza en una universidad americana. Como afirma la profesora San Miguel: “Amado Alonso fue el encargado de explicar al principio de la primera conferencia el sentido y la finalidad del curso... Igualmente se encargó de hacer el balance final del ciclo, exponiendo los logros y las derivaciones culturales del curso. Fue también el presentador oficial del conferenciante en todos y cada uno de los actos académicos. Se puede decir que este curso de cultura vasca fue una apuesta personal del profesor navarro” (1215). Colaboró activamente en toda una serie de actividades que redundaron en beneficio del exilio republicano español, pero muy especialmente en el exilio vasco. Apoyó incondicionalmente al “Comité Pro-inmigración Vasca”, lo que favoreció que la política restrictiva que se había impuesto a los refugiados españoles, tachados de “rojos”, no fuera aplicada a los exiliados vascos. Una de las razones esgrimidas por

el Comité y sustentada en razones culturales y sociales fue el hecho innegable de que Argentina era en parte obra fruto de elementos vascos. En todas estas actividades Amado Alonso estuvo siempre presente y jugó un papel de primer orden.

La trayectoria personal de Amado Alonso es clara. Su marcha a la Argentina tuvo una razón de carácter académico-laboral. Desde este punto de vista, representa un caso típico de emigración intelectual. Sin embargo, diez años más tarde, como consecuencia de la irrupción de la Guerra Civil y del exilio vasco y español despierta del letargo político en el que había vivido como emigrante de alta cualificación y se compromete activamente por la causa republicana y vasca. Toma partido y se arriesga políticamente. El emigrante Amado Alonso se convierte en el exiliado Amado Alonso. Esta postura decidida y responsable a favor de la República y de los exiliados de la guerra fue decisiva en sus tensas relaciones con la política peronista y en su marcha a Estados Unidos. Amado Alonso es un típico ejemplo del trasvase de la condición de emigrante a la naturaleza de exiliado.

Otro ejemplo muy similar de este despertar al compromiso exílico desde la condición de emigrante lo personifica **Ramón de Belausteguigoitia** (Llodio-1891; Madrid-1981). Hijo de una familia numerosa de doce hermanos, tuvo una educación muy esmerada: bachillerato en el colegio de los jesuitas de Orduña, derecho en la Universidad de Salamanca y especialización en el London Economic School⁹. Fue igualmente un destacado deportista como varios miembros de la familia. Cinco de ellos fueron jugadores del Athletic de Bilbao, siendo José María el más conocido de todos ellos. Ramón fue igualmente un destacado jugador de la plantilla atlética durante cinco temporadas.

Mostró desde muy joven una profunda preocupación por las cuestiones sociales y muy especialmente por el mundo rural. Colaboró desde joven en diferentes publicaciones como *Euskadi*, *El Sol*, *La Tarde*, y muy especialmente en *Hermes*. En estas publicaciones va exponiendo su ideal político y sus planteamientos sociales. En 1918 publica un fascículo *Las bases de un gobierno nacional*, en el que defiende la tesis del federalismo para Euskadi y años más tarde, en plenitud de facultades intelectuales, publica algunos de sus títulos más señalados *La cuestión de la tierra en el País Vasco* (1918), *Reparto de tierras y producción nacional* (1932).

⁹ Las referencias a la vida de Ramón de Belausteguigoitia están tomadas básicamente de dos trabajos: Garayo Urruela, J. M.: "Ramón de Belausteguigoitia y la cuestión de la tierra en el País Vasco durante los años 1914 a 1920" (1994) y Mikel Imaz Irastorza: "Euskadi en llamas: una aproximación a la novela de Ramón de Belausteguigoitia" (2000).

En este contexto de entregas políticas y de compromisos culturales, decide cambiar el rumbo de su vida. Ramón de Belausteguigoitia fue un hombre de permanentes inquietudes y de múltiples proyectos. En 1925 decidió una nueva vida con un nuevo destino en América. Alternó sus estancias entre Estados Unidos y México, hasta que decidió fijar su residencia en México, asumiendo la dirección y gestión de las propiedades de su hermano Ignacio en el país azteca. Al mismo tiempo, como gran especialista en el desarrollo agrario, puso en práctica todos sus conocimientos. En esta época publica una serie de importantes títulos de su amplia bibliografía como *México de cerca* (Madrid: 1930), *Reparto de tierras y producción nacional* (Madrid, 1932), *Con Sandino en Nicaragua* (Madrid: 1934). Títulos posteriores son *La sombra del Mezquite* (México: 1951), *El valle inexplorado* (México, 1960), *Naturaleza y espíritu a través de México* (México, 1975). Estas obras dan la verdadera talla de su preparación cultural y de los verdaderos sentimientos de admiración y cariño hacia el país que le acogió tan fraternalmente.

La Guerra Civil le sorprende en España. Como todos los españoles y vascos sufre las consecuencias de la contienda fratricida. Desde un primer momento toma conciencia de la imposibilidad de una victoria armada frente al ejército franquista. El destino de la guerra estaba marcado desde su propio inicio. El ejemplo más claro de esta realidad fue la conquista del País Vasco por el ejército sublevado. Sobraba voluntarismo y heroísmo, pero faltaba lo más importantes en un contexto de guerra: armas modernas. Sin embargo, a pesar de la carencia de medios, sentía la necesidad y la obligación de la lucha por defender los ideales de legitimidad y de la justicia. Con ellos estaba la razón y la verdad, aunque la derrota fuera su sino en el campo de batalla. Todas estas ideas las desarrolla de forma pormenorizada en su novela *Euskadi en llamas* (México, 1938), uno de los ejemplos capitales de la narrativa de guerra, a pesar de que haya pasado desapercibida para la crítica en general.

Marchó al exilio mexicano, porque Euskadi, bajo la dictadura franquista no era ya su tierra. Colaboró activamente en las actividades del partido Nacionalista en su guerra frontal contra la dictadura fascista; junto a su hermano Ignacio se convirtió en el avalista principal de aquellos exiliados vascos que se dirigían a México como tierra de refugio y país de exilio. Toda su vida en México, hasta su regreso en 1975 tras la muerte del dictador, fue una entrega generosa y abnegada por la causa vasca. Murió en Madrid en 1981.

Ramón de Belausteguigoitia fue otro ejemplo, entre los muchos posibles, del emigrante de *alto standing* económico y cultural. Su destino en México no estuvo marcado por razones ideológicas o políticas, sino por su fiebre de aventuras y por su ansia nunca satisfecha de conquista de nuevos horizontes. Sin embargo,

cuando estalló la Guerra Civil y tuvo que tomar partido, su postura le obligó a marcharse nuevamente a México, pero en esta ocasión no era la decisión de búsqueda de una tierra nueva donde realizarse personalmente, sino una marcha precipitada de huida y de exilio. Su condición de emigrante se convirtió en una respuesta de exiliado. El compromiso político marcó su éxodo. Ramón de Belausteguigoitia fue personificación fiel de la evolución emocional e ideológica de aquellos que de la experiencia del emigrante concluyeron en el compromiso del exiliado.

Con los dos casos estudiados, aunque un tanto superficialmente, Amado Alonso y Ramón de Belausteguigoitia, se prueba los límites siempre difusos y problemáticos que marcan los espacios del exilio y de la emigración. Inversamente, se hubieran podido estudiar otros ejemplos, también altamente significativos, de ciertos exiliados que terminaron su experiencia vital en los parámetros de la emigración, aunque sean presentados como dignos ejemplos del exilio nacionalista o republicano. El punto de distinción es el compromiso político, la entrega voluntaria por una causa ideológica. Por eso, quien se compromete activamente con las razones que motivaron la expulsión de la casa paterna, expulsión personal o expulsión colectiva, incluso sin estar inmiscuido personalmente en dicha causa, pertenece al mundo exiliar o a un universo de espíritu exílico. Por el contrario, quien se entrega plenamente a un activismo exclusivamente materialista y económico, desinteresándose de las razones que motivaron su exclusión, por muy activo y militante que hubiera sido en la guerra, debe ser considerado como ejemplo de la emigración o como un caso del universo de espíritu emigrante. La militancia política marca la diferencia y no la simple razón de la expulsión y del destierro.

Esta militancia política, por lo menos en los dos casos estudiados, que explican el trasbordo de la emigración al exilio, viene refrendada por una acción responsable y por unos escritos más o menos próximos o alejados de la primera persona. Ambos intelectuales, Amado Alonso y Ramón de Belausteguigoitia, actúan y confiesan sus más íntimos pensamientos y sus más caros proyectos. Amado Alonso en sus artículos emplea preferentemente el plural mayestático del nosotros para afirmar lo que piensa y lo que siente, procurando hacer a los demás partícipes de sus inquietudes. Ramón de Belausteguigoitia propone las conductas de unos personajes ficticios en unos contextos imaginados, *Euskadi en Ilamas* como principal referencia, que quieren ser ejemplo y expresión de sus dudas y de sus certezas en torno a la suerte y al futuro del País Vasco y de la España republicana. Son testimonios íntimos de dos personas, que exteriorizan sus demonios personales a través de formas escritas expresadas en formas diferentes a lo que tradicionalmente se entiende como escritura en primera persona. Son escritos de

primera persona en otras formas gramaticales. Son casos manifiestos en los que el sujeto se convierte en objeto de escritura (Ugarte 1999:24).

Bibliografía

- ALONSO, AMADO, *El problema de la lengua en América*. Madrid: Espasa-Calpe, 1935.
- , *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. Madrid: Gredos, 1967.
- , *Materia y forma en poesía*. Madrid: Gredos, 1969.
- ASCUNCE, JOSÉ ÁNGEL, “El exilio entre la experiencia subjetiva y el hecho cultural: tema para un debate” en *El exilio: debate para la historia y la cultura*. (Coord. José Ángel Ascunce). San Sebastián: Saturrarán, 2008, pp. 19-45.
- ASCUNCE, JOSÉ ÁNGEL *et al.* (eds.), *Exilio y Universidad (1936-1955): presencias y realidades*. San Sebastián: Saturrarán, 2008.
- BELAUSTEGUIGOITIA, RAMÓN DE, *Las bases de un gobierno nacional*. Bilbao: Viuda e Hijos de Gribelmo, 1918.
- , *México de cerca*. Madrid: Central de Ediciones y Publicaciones, 1930.
- , *Reparto de tierras y producción nacional*. Madrid: Espasa-Calpe, 1932.
- , *Con Sandino en Nicaragua*. Madrid: Espasa Calpe, 1934.
- , *Euzkadi en llamas, México*. México: Ediciones Botas, 1938.
- , *La sombra del Mezquite*. México: Editorial Aquelarre, 1951.
- , *El valle inexplorado*. México: Editorial Hadise, 1960.
- , *Naturaleza y espíritu a través de México*. México: Editorial Jus, 1975.
- GARAYO URRUELA, J. M., “Ramón de Belausteguigoitia y la cuestión de la tierra en el País Vasco durante los años 1914 a 1920” en *Pensamiento agrario vasco*. Bilbao: Nekazal Ikasketarako Euskal Institutoa, 1994, pp. 199-202.
- IMAZ IRASTORZA, MIKEL, “Euzkadi en llamas: una aproximación a la novela de Ramón de Belausteguigoitia” en *La cultura del exilio vasco*. (Coords. X. Apaolaza, J.A. Ascunce, I. Momoitio). San Sebastián: Saturrarán, 2000, pp. 517-530.
- JATO BRIZUETA, MONICA *et al.* (eds.), *España en la encrucijada de 1939. Exilio, cultura e identidades*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2007.

SAN MIGUEL, MARÍA LUISA, "Primera presencia de la cultura vasca en la universidad americana: Amado Alonso y Bonifación de Ataún" en *Exilio y universidad (1936-1955): presencias y realidades*. (Coords. J.A. Ascunce, M. Jato, M^a L. San Miguel). San Sebastián: Saturrarán, 2008, pp. 1211-1224.

UGARTE, MICHAEL, *Literatura española en el exilio. Un estudio comparativo*. Madrid: Siglo XXI, 1999.

———, "¿Exilio o emigración? La morada vital universitaria de Américo Castro y Donato Ndongo". *Exilio y Universidad (1936-1955): presencias y realidades*. (Coords. J.A. Ascunce, M. Jato, M^a L. San Miguel). San Sebastián: Saturrarán, 2008, pp. 757-771.